

DOMINGO XI (B) (Marcos, 4, 26-34)

- Del Evangelio se ha dicho, y con razón, que es, *“la Palabra de Dios siempre vieja y siempre nueva”* porque, leyéndola y releeyéndola, siempre podemos descubrir en ella nuevas luces y nuevos horizontes.

- A pesar de haber leído muchas veces este pasaje evangélico, nunca había caído en la cuenta de la reflexión que hoy me ha suscitado. Dice Jesús:

“El Reino de los Cielos se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. El duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que el sepa como. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz porque ha llegado la siega.”

- En ese relato que hace Cristo, del proceso de la simiente echada en tierra hasta que grana el apetecible fruto, *nos ofrece una acabada imagen del transcurrir de la vida cristiana* y un reconocimiento del valor de esas vidas anónimas de multitud de cristianos, cuyas vidas, no despertarán titulares en los periódicos pero que, cada día practican el heroísmo de la vida ordinaria:

- Cumpliendo sus deberes de estado.

- Llevando a cabo su trabajo profesional con fidelidad y honradez.

- Y afrontando cada día, a veces de forma heroica, todo un cúmulo de situaciones para acomodar su conducta al querer de Dios.

- A esa mayoría de cristianos que viven ese heroísmo de la vida ordinaria y que, pudieran tener la sensación de que nadie los valora, Jesús viene a decirles hoy, a través de esa imagen de la Parábola:

“Mi Padre si os valora y yo os garantizo que, esa perseverancia en los deberes de cada día, hecha cara a Dios, realiza el Reino de Dios en la tierra y, además, os lleva a vosotros a conseguir el Fruto Imperecedero”

- *“Bendita perseverancia la del borrico de noria!”* dice San Josemaría en un punto de Camino- *Siempre al mismo paso. Siempre las mismas vueltas. -Un día y otro: todos iguales. Sin eso, no habría madurez en los frutos, ni lozanía en el huerto, ni tendría aromas el jardín.*
(Camino, 998)

- No olvidemos que, ser santos consiste, más que en hacer cosas extraordinarias, en hacer extraordinariamente bien las cosas ordinarias. De ahí que haya *dos clases de heroísmos*, igualmente valorados por el Señor:

- El de las personas singulares y extraordinarias, (como nuestros mártires), que en un momento fueron *“héroes”*, dando la vida por Cristo.

- Y ese otro heroísmo de, *“la fidelidad a Dios en la vida ordinaria”*.

- Pienso que, no es muy previsible que nosotros estemos llamados al heroísmo de esas personas singulares pero, ¡puedes tener por seguro!, que Dios, a ti y a mí, nos llama al heroísmo de la vida ordinaria.

- ¡Que el Evangelio de hoy sea un estímulo para lograr la santidad! G. Soto

